

ÓSCAR NUDLER y EQUIPO MULTIDISCIPLINARIO DE INVESTIGADORES. *Espacios controversiales. Hacia un modelo de cambio filosófico y científico*. Buenos Aires, Argentina: Miño y Dávila (2009).

Alejandro Escudero Pérez

En el arranque del ensayo que incluye en este libro Oscar Nudler afirma: «¿Qué papel juegan las controversias, los debates, en el avance del conocimiento científico y el pensamiento filosófico? En la Modernidad, a partir del siglo XVII, la respuesta predominante era que las controversias no desempeñan ningún papel esencial o, incluso, que no desempeñan papel alguno. Y, especialmente en el caso de la filosofía, donde las controversias, suelen prolongarse indefinidamente sin que aparezca un consenso alrededor de una respuesta al problema en torno al cual giran, eran vistas más bien como un obstáculo para el progreso del entendimiento. Sólo en el siglo XIX esa visión acerca del papel secundario a aun negativo de las controversias en los procesos de la comprensión y conocimiento empezó a ser seriamente desafiada. Y especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XX, se empezó a generar una variada literatura, a la cual luego aludiremos, que ha contribuido a dotar nuevamente de voz a una concepción rechazada o simplemente olvidada por largo tiempo. Según esa concepción, originada en la Antigüedad, el progreso del pensamiento y el conocimiento tienen una naturaleza *esencialmente* controversial o dialéctica. Sin embargo, a pesar de su resurgimiento, esta concepción dialéctica no ha llegado a constituirse aún en una verdadera alternativa a la concepción «monoléctica» (op. cit., p. 21). Nudler destapa así el principal propósito de él y su equipo de investigación: reivindicar el crucial lugar y el primordial papel de las *controversias* en la ciencia y la filosofía —consideración que cabría extender a otras áreas del saber—. En el mundo moderno el menoscenso de las controversias se ha llevado a cabo, principalmente, desde la creencia en que todo conocimiento tiene su entraña propia en la aplicación de un «método» (e incluso del Método), escribe al respecto Oscar Nudler: «... desde el punto de vista que ha sido dominante en nuestro tema a partir de los inicios de la modernidad, la idea de que las controversias puedan tener algún papel importante en el desarrollo de la ciencia ha sido o bien rechazada o bien simplemente ignorada ... si en algo coincidían los primeros pensadores modernos era en que la interrogación de la naturaleza se debía efectuar, para ser

fecunda, de acuerdo con un método constituido por un conjunto de reglas a las que se atribuía un carácter universal, independiente de la diversidad de las características personales y de los contextos culturales y sociales de cada investigador ... una consecuencia de esta visión metodológica, o más bien *metodologista*, del avance del conocimiento científico es que si el método es correctamente aplicado, las controversias ni siquiera tendrían por qué surgir» (op. cit., pp. 23-24)¹.

Esta reivindicación de las controversias constituye, a nuestro juicio, un episodio relevante —aunque no único, pues aquí entran en juego también otros factores— del paulatino derrumbe del dogma metafísico del «saber absoluto»; por principio para este modelo de saber —y poco importa que se lo vea implantado, como cree el realismo positivista, en la ciencia, o en la filosofía, como piensa el idealismo moderno— una controversia es un síntoma de debilidad o un indicativo de una falta de solidez. Ahora bien cuando se rechaza —con buenas razones— este dogma monstruoso resulta lógico que se perciba en las controversias organizadas en torno a un problema no un mal o una desgracia —un lamentable «accidente»— sino el núcleo vivo y palpitante del saber (sea científico, filosófico o de otra índole).

El libro que reseñamos ofrece, en su primera parte, un ajustado y preciso marco teórico redactado por Oscar Nudler. En el resto del libro encontramos el estudio de una serie de «casos» de controversias mantenidas sea en la filosofía o en las ciencias —sin este necesario complemento cualquier marco teórico—, por bien argumentado que esté, pierde su sustento y corre el grave riesgo de limitarse a enunciar abstractas vaguedades. ¿Cuál es, por cierto, la idea que actúa de auténtico hilo rojo del conjunto del libro? Nos parece que ésta: las controversias —al menos las más relevantes— son el genuino y último motor del *cambio* en, al menos, la ciencia y la filosofía.

En el ensayo de Oscar Nudler —encargado de proporcionar el marco teórico en el que se desenvuelven los imprescindibles «análisis de casos»— se lleva a cabo una definición —según sus rasgos estructurales y sus rasgos dinámicos— del concepto clave de esta propuesta: «espacio controversial». Gracias a él puede

¹ A esta consideración añade en la p. 33: «La desvalorización de las controversias como instrumento epistémico prosiguió, y aun se incrementó, a lo largo de la modernidad, especialmente a partir del impresionante éxito de la ciencia».

articularse un modelo de análisis que subsane la imperdonable omisión en la que incurren numerosas corrientes de la ciencia y la filosofía. Sin duda este modelo no surge de la nada, como sus antecedentes lejanos cabe mencionar a la retórica y la dialéctica desarrollada en la Grecia clásica, en nuestros días, por ejemplo, las obras de Marcelo Dascal o de Nicholas Rescher han dado interesantes pasos en esta dirección. En todo caso este modelo analítico se encuentra en una fase de consolidación y difusión, algo no exento de dificultades pues su reto no es menor: «conmover el dominio del modelo moderno», como se dice en la página veintiocho. De la exposición de Nudler destacamos tres de sus principales ideas:

- Las controversias pueden atravesar una «fase progresiva» y una «fase regresiva» (p. 36).
- Las controversias implican un «common ground» en torno al que opera un «acuerdo implícito» (pp. 41-42).
- Caben al menos dos tipos de controversias: las ordinarias y las extraordinarias (p. 44).

En el libro se estudian ocho casos de controversia. Francisco Naishtat analiza un espacio controversial propio de la ciencia histórica del siglo XX bajo la idea de que se está produciendo un «cambio de régimen» en la noción misma de «historicidad». Ambrosio Velasco Gómez revisa la discusión —propia de la «filosofía de las ciencias sociales»— entre las opciones «naturalizantes» y las «hermenéuticas» (es decir: aborda la polémica entre «analíticos y continentales»). Diana Pérez se adentra en los vericuetos de esa disciplina denominada «filosofía de la mente», en ella llama la atención sobre el concepto de «superveniente» destinado a evitar, dentro del problema mente-cuerpo, una posición «reduccionista». Olimpia Lobardi se ocupa de una decisiva controversia dentro de la física del siglo XIX y XX organizada en torno al fenómeno de la «irreversibilidad» (en la termodinámica macroscópica) y la «reversibilidad» (en la mecánica microscópica). Martín Labarca aborda la controversia entre dos ciencias: la física y la química, ¿cabe «reducir» enteramente la segunda a la primera? ¿no será la química y sus fenómenos propios «irreducible» a la física y los suyos? (si ocurriese esto último el «monismo fisicalista» —tan común en la filosofía analítica— podría ser descartado gracias al cabal desarrollo de esta crucial controversia). Laura Benítez estudia un importante episodio de la historia de la filosofía y de la ciencia: la crítica del mecanicismo cartesiano debida al newtoniano Samuel Clarke (célebre por su correspondencia con Leibniz). Eleonora Cresto pone de relieve los pri-

meros y controvertidos pasos de la biología molecular en el siglo XX. Por último José María Gil analiza la polémica, en el marco de la lingüística norteamericana, entre conductistas, innatistas chomskyanos y sociolingüistas.

Siguiendo este sinuoso recorrido este interesante y sugerente libro lleva a cabo, en definitiva, una lúcida y vigorosa apología de la(s) controversia(s): «... las controversias pueden tener, y de hecho han tenido en numerosas ocasiones, un impacto altamente beneficioso no sólo porque obligan a articular, refinar, modificar, integrar, o, en el extremo, sustituir teorías, o aun esquemas conceptuales de gran alcance, sino también porque, como hemos mencionado, constituyen una vía que conduce a revelar dimensiones ocultas y supuestos implícitos y que permiten así que el pensamiento científico o filosófico transite por nuevos caminos» (op. cit., p. 47). No se trata, de todos modos, de una insensata defensa de «la disputa por la disputa», los impulsores de este modelo de análisis no ignoran que hay controversias estériles o que no todas las controversias albergan la suficiente potencia o profundidad para inducir un cambio en su campo propio.

En la página veintiocho, como señalamos, Nudler afirmaba que el reto del modelo controversial que aquí se propugna era, nada menos, que «conmover el dominio del modelo moderno» (ese según el cual las controversias son puramente accidentales y enteramente perniciosas), por ello no está de más terminar citando lo que Jean-François Lyotard escribía en 1979 —en el libro que destapó definitivamente la «polémica de la postmodernidad»—: «La condición postmoderna es, sin embargo, tan extraña al desencanto como a la positividad ciega de la deslegitimación. ¿Dónde puede residir la legitimación después de los metarrelatos? El criterio de operatividad es tecnológico, no es pertinente para juzgar lo verdadero y lo justo. ¿El consenso obtenido por discusión, como piensa Habermas? Violenta la heterogeneidad de los juegos de lenguaje. Y la invención siempre se hace en el disenso. El saber postmoderno no es solamente un instrumento de los poderes. Hace más útil nuestra sensibilidad ante las diferencias, y fortalece nuestra capacidad de soportar lo incommensurable. No encuentra su razón en la homología de los expertos, sino en la paralogía de los inventores». Al poner el énfasis en el disenso, la incommensurabilidad y la invención Lyotard ponía ya entonces su granito de arena en lo que Nudler y su equipo denominan «modelo controversial», una vía de análisis de la que cabe esperar —y este libro es buena muestra de ello— muchos frutos.